

Resenha

Joaquín Correa (UFSC)*
ORCID 0000-0002-8936-9482

Acá estamos

MOLINA, Wachi. *Poesía Molotov*. Con ilustraciones de Dalia Desamor. Rosario: Le Pecore Nere, 2020.

En el Episodio 4, dirigido por Eliseo Subiela, “Didáctico sobre las armas del pueblo” de la película clandestina y colectiva *Argentina, mayo de 1969: Los caminos de la liberación*, la pre-historia de la bomba molotov es inseparable del amor, la infancia, el barro, la fe, la alegría y la pobreza. “El objetivo no debe ser una persona, sino un lugar u objeto”, dice la voz femenina que explica cómo hacer la bomba casera. “De la precisión de quien arroje la botella, no sólo depende el éxito de la misma sino también la seguridad de los compañeros”, agrega. La bomba molotov es tenida, tradicionalmente, como un arma de la resistencia popular o de los oprimidos. Es una reacción a una agresión, es una advertencia, es un decir, como en el primer poema de *Poesía Molotov* de Wachi Molina, “acá estamos”, sirve, como en el acto de amor que abre el libro, su dedicatoria, “para defendernos de todo lo que aún nos lastima” (MOLINA, 2020, p. 3). Si el acto de lanzar una molotov es individual por las leyes de la física, no lo es en un sentido político: de lanzarla bien depende la seguridad de los compañerxs. Si el acto de escribir un poema es individual por influencia del genio romántico, no lo es en un sentido político: estos poemas piden ser leídos en voz alta para apropiarse, gozosamente, del cuerpo ajeno, abrazar la pluralidad que, en la página, se transcribe en las x y “quemar todo lo que nos lastima / para que renazca transformado de sus ruinas” (MOLINA, 2020, p. 48).

La dedicatoria, insisto en esto, no está dirigida, en esta oportunidad, a una persona sino a un grupo de personas, una primera persona del plural. Desde el inicio, entonces, estos poemas explosivos (y las ilustraciones de Dalia Desamor que los acompañan) se quieren trinchera, barrera de contención, escudo o abrazo. Y por eso mismo son generosos y justos: luchan contra todo normativismo que expulse y prohíba el desborde, la desmesura. No buscan ningún valor supremo que desampare y se cobijan en la exigencia de la empatía: “escribir es vivir otras vidas” (2020, p. 16), leemos en ese poema que ajusta cuentas con la tía policía, esforzada mujer que, como una Mujer Maravilla al revés, recibe la maldad en su ser cuando se calza el uniforme y que Wachi intenta comprender. Se descubre, allí, el destello de una ética propia, que coloca el afecto ante todo (y ante todxs), que lee con pasión al mundo que lo rodea porque es parte de él, como la enredadera y la mariposa, y que hace del poema el espacio para ponerse en el lugar del otrx y, pirueta empática, no juzgar. El poema no es una máquina procesal de emitir juicios, no es el panóptico moral de lo contemporáneo: el poema es una molotov que se lanza contra lo que nos lastima y que al momento de ser lanzado piensa en lxs compañerxs y lxs protege. El poema, antes máquina sentenciosa, ahora larga vistas amoroso, ve a lo lejos y descubre, empático, que “el pueblo no vive en las zonas turísticas” (2020, p. 31) y que “alguien tiene que equilibrar las cuentas” (2020, p.

* Doutorando em Letras na Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC). E-mail: joaquin_medio@hotmail.com.

32). Y es empático porque esa voz que enuncia, enuncia desde un pasado con hambre, hambre apenas saciada en sueños, hambre que perturba en el deseo goloso con que se leen los poemas. El poema, antes máquina redentora, ahora molotov, marca sus límites: “la poesía tampoco es para todxs” (MOLINA, 2020, p. 44), leemos, como en una confesión que busca no imponer la propia verdad, no torcer en lo más mínimo la voluntad ajena, no convencer de nada.

La poesía es, también, actualidad. Pero lo actual, sabemos, es el *replay* de una tragedia, una farsa. Por eso Wachi desconfía de la poesía que no se dice actual sino contemporánea, non plus ultra del tiempo presente que, frente a esta voz disidente, carece de presencia, se evapora. Y es que hay que escuchar estos poemas en la voz arrebatada de Wachi, imaginárselos en un festival, una lectura¹, para entender que esa cadencia y ritmo pueden no ser bienvenidos por un gusto que se dice progresista aunque tenga por detrás una idea del Bien: escribir bien, portarse bien, publicar bien, vestirse bien, presentarse bien.

En el poema que le presta el título al libro, escribir poesía molotov es un deseo. Allí se revela la cocina del poema: “me encantaría escribir y poder describir / con esa facilidad e instrumentos caseros / agarrados al acaso / poesía molotov” (MOLINA, 2020, p. 49). El azar y lo cotidiano son los materiales que hacen combustión en el poema. Y si donde ahora hay una heladería que cierra cada vez que hay una manifestación y mañana habrá un taller de poesía contemporánea, antes había un taller clandestino de armado de bombas que esta actualidad recupera. ¿Qué significa “rehacer ‘la vida’” (MOLINA, 2020, p. 50) para el poema, para ese poema? ¿Es el poema un arma cargada de futuro o, por el contrario, la posibilidad de tocar un tiempo caótico, gordo y plebeyo? El poema molotov, como la bomba, es inseparable del amor, la infancia, el barro, la fe, el deseo y la pobreza. Wachi, atrincherándose con lxs relegadxs de la historia, nos seduce con una revolución posta, la única que vale. Acá estamos.

*Recebido em: 29 nov. 2020.
Aprovado em 10 dez. 2020.*

¹ El propio libro trae un código QR para poder acceder al sitio Sonidos de Rosario donde están archivadas las lecturas que Wachi hizo de los poemas.